



# Ojos de Niño

Dr. Marcelino Trujillo Méndez

México

## **PRESENTACIÓN**

Platón decía que el asombro es el origen de la filosofía; Aristóteles afirmaba que la admiración es lo que impulsa a filosofar porque cobro conciencia de no saber. Pero, ¿cómo seguir asombrándose y admirando a la realidad y a sí mismo si nuestra vida ya se encuentra resuelta, si ya tenemos todo bajo control o ese todo nos domina y nos hace puro dato?

A partir de esa pregunta se te ofrece una alternativa de respuesta, desarrollada a partir de la vivencia de un varón y una mujer que han participado en la maravillosa tarea de procrear un hijo, la que si bien no es nada fácil, porque el proceso de gestación es complejo y delicado como el de nuestro propio conocimiento, llega a una feliz culminación en la que un nuevo hombre se hace valioso compañero de viaje, quien con ojos de niño también tendrá la oportunidad de hacer camino al andar.

“Ojos de niño” nos invita a hacer de la vida una aventura divertida y no una estereotipada, acartonada y aburrida existencia.

Es la propuesta que nos lleva a tener presente que la admiración, el asombro, la curiosidad no tienen porque agotarse en la vida de todo ser humano, nos dice que no es suficiente con una primera percepción sino que debemos observar los detalles de la vida para seguirla disfrutando, porque con ojos de niño... el hombre, sus relaciones, sus propuestas, son siempre nuevos. ¡Que lo disfrutes!

**Marcelino Trujillo Méndez**

**Derechos Reservados**

**Reg. Cert. N° 03-2003-092610490300-01**

**10 de octubre de 2003**

## OJOS DE NIÑO

¡Cuánta emoción por la mañana! Un niño duerme plácidamente, en cada respiración habla de energía, de inocencia, de entusiasmo, de amor; siente una mirada, se mueve, se estira, se talla los ojos, despierta y sonrío; esa sonrisa es el amanecer de amaneceres, es la bondad divina que nos sigue haciendo sentir hombres, es el regalo excepcional que no escatima la naturaleza, es la invitación ingenua para hacer de la vida una aventura divertida.

La vida es el contenido de fondo de la existencia humana, es el desafío constante para que cada uno se dé la oportunidad de descubrir que en su existencia hay una grata presencia con rostro de gratuidad, de sorpresa, de novedad, de riqueza y de disponibilidad; tan ocupados hemos estado en preocuparnos, en cumplir la rutina de trabajar, la monotonía de existir; en desestimar los pequeños detalles porque ya nada es nuevo bajo el sol, en vivir en

conflicto con el otro... que la vida ya no es aventura, ya no es divertida.

Sin embargo, en una propuesta que pretende quitarnos lo acartonado, lo viejo, lo adulto, la vida se transforma en el cuestionamiento que sorprende gratamente al varón y la mujer que en la consumación física y afectiva del amor han colaborado en un proyecto, tan antiguo como el mismo hombre y tan novedoso como el presente que los ocupa para hacer posible el misterio del futuro; es decir, no sólo la concepción de un ser humano que de suyo es ya una maravilla, sino la concreción de un tipo de hombre llamado a dejar huella personal y social más allá de su ser – aquí.

Por ello, la apuesta que es preciso hacer y el esfuerzo que es menester brindar durante el proceso procreador no se soslaya; antes bien, la gozosa noticia es que ese varón y mujer que se aman, que desde el principio de su unión dejaron la puerta abierta para que los invitados a este caminar llegaran a alegrar la convivencia,

a desordenar la casa, a convertirse en un pedazo de cielo en la tierra, lucharon con tesón, con ímpetu de atletas, con entusiasta ejercicio de su libertad y con humilde disposición para aceptar, hasta el destino que se dibujaba amargo, porque parecía que los invitados no llegarían.

Sin buscarlo, posiblemente sin quererlo, sin captar si eran capaces de ello, en el camino aprendieron a callar, a perdonar, a disfrutar, a comprender, pero, sobretodo, aprendieron a amar, a tener fe y a ser mensajeros de esperanza. Cada uno encontró en el otro, un alma buena que curó sus heridas, que lo cubrió de besos y que le dio su vida, que le enseñó a vivir en la libertad y que en sus manos puso su sabia doctrina: el amor es la presencia exquisita del rostro de la esperanza.

Un hijo... es el sueño de los esposos que en él tienen un obsequio de su unicidad, un signo de su trascendencia, la concreción real de su amor; un hijo era el anhelo no enfermizo, no inmaduro, que parecía no llegar porque la

contundencia del juicio de los hombres había sido claro: la naturaleza biológica así lo ha dispuesto, la esterilidad los acompaña cual verdugo que ejecuta una sentencia condenatoria: no pueden tener hijos; desde luego, desde charlatanes hasta hombres de buena fe parecían querer que la situación fuera distinta, sin embargo, lo que aquí y ahora se presentaba era un panorama que ofrecía muy lejana la llegada de esa estrella del firmamento que diera más luz al hogar.

Resignación, esa fue la palabra ¿resignación? ¿tan pobre era la respuesta que había que dar? Conformarse, tolerar, ver de reojo a la adversidad; esa fue la respuesta, esa fue la nostalgia, esa fue la opción rebelde.

Sin embargo, todavía no estaba escrita la última palabra, que deambulaba en un espacio inaccesible para la razón, que se tuvo que quedar en la línea divisoria, en la frontera.

El misterio sigue siendo incognoscible para el hombre, que en su afán de quitarle eternidad, le da características de temporalidad

y en la pretensión de apropiárselo, llega a fincar sus seguridades en los descubrimientos que hace en un ánimo de solución antropocéntrica que no le satisface porque, a su pesar, se da cuenta de que con su saber, con su ciencia no tiene todas las respuestas y aún cuando en el plano filosófico se desahoga y pregunta el por qué del por qué del por qué de las cosas, su sola razón no da para más, y aun sin quererlo, sin desearlo, sin esperarlo, anclado en el horizonte del misterio, se siente arrojado al plano superior de la fe que en la concreción que exige la indigente naturaleza humana, ofrece la realidad del milagro, que es el signo que lleva al ser humano a lanzarse a la aventura de descubrir y asumir el hecho no explicable, superando la resignación con la original propuesta que además es extraordinaria, liberadora, enriquecedora, de la aceptación.

Sí, aceptar brinda no solo la oportunidad, sino la realidad, de vivir el encuentro del hombre con el hombre como carencias infinitas que buscan la manera de vivir el complemento en el



amor del prójimo, como seres que se hermanan por una realidad biológica vivificada por su ser racional y su espíritu, como hijos que son desinstalados de sus seguridades y comodidades para que incorporen el aprendizaje que se pretende sea significativo acerca de que la vida es un espacio de posibilidad y un tiempo de realización, que me exige momento a momento, disfrutar mi estar - aquí, permanentemente lanzado al reconocimiento de mi perfectibilidad en un plano de educabilidad para descubrir, en una perspectiva de desarrollo afectivo, psicomotriz, social, cognitivo y axiológico, que el fin del viaje humano, como quiera que se le denomine, es el de alcanzar la madurez y plenitud perfectible de la persona al alcance de cada varón y mujer que hace camino al andar, con sus particulares características, necesidades, valores, relaciones, éxitos y fracasos.

Aceptar es ponerse en armonía con el cosmos, es sintonizar la estación de vida que transita el universo, es viajar dispuesto a

disfrutar aún las contingencias desagradables; es dejar de formular la pregunta ¿por qué a mí? que se lanza cual saeta en dirección a la frontera del misterio, pero no consigue cruzarla, más bien choca con ella y regresa hacia mí golpeándome, lastimándome, haciéndome sufrir, para dar lugar, en una dinámica de apertura, escucha y humildad a la cuestión más sana...

¿Por qué no a mí? Así es, ¿cuál es el privilegio y derivado de dónde, que me hace considerar que debo quedar exento de tal vivencia? ¿No es acaso, demasiada la soberbia que me hace decidir que yo no lo debo vivir?

¿Por qué no a mí?, es una pregunta que posibilita la búsqueda de un nuevo encuentro con la vida en una vertiente esperanzadora, encuentro que cuenta además con una pregunta orientadora ¿para qué vivir este hecho, acontecimiento, fenómeno, circunstancia, evento...?, es decir, ¿cuál es la respuesta que, desde lo más profundo de mi ser, espera la vida que yo dé?

El obsequio personal derivado de las respuestas que en forma humilde, valiente y positiva se dé a estas preguntas es la paz y la nostalgia del amor; el regalo a los esposos es la nueva dimensión en que se inserta su proceso de desarrollo histórico de humanidad, donde lo que cabe es la serenidad, el aprecio por el otro en el amor, la propuesta creativa de proyectar la paternidad y la maternidad en el servicio comprometido con la construcción del hombre que hay en cada uno de los miembros de una comunidad.

Por su parte, el misterio envuelve a la paradoja humana, tiende sobre ella su manto de comprensión y misericordia, disfruta su armonía cósmica, recibe con cálido abrazo ese SI que los hace ahora libres y disponibles, en ese tiempo que no es del hombre, en ese momento oportuno que sólo el que es la sabiduría misma conoce, para obtener el vino mejor de la propuesta humana y hace, con delicadeza, bajar del cielo una estrella para que dé más luz a ese hogar, a ese encuentro humano.

¡Qué felicidad! Lo imposible ha sido posible en la gratuidad. La gozosa noticia intuida por la naturaleza y confirmada por los instrumentos que le dan seguridad al hombre, no termina de ser procesada por el cerebro que en un exigente proceso racional, pretende encontrar la causa justificada de tal maravilla.

Sin embargo, tal ejercicio no consigue silenciar al espíritu, que canta con alegría un himno de esperanza, hace de esta realidad un poema de vida que extasía y es aplaudido por las nubes, por los pájaros, por los árboles, por las flores, flores que en un gesto magnánimo dan su vida formando una alfombra para que los portadores de la estrella y la estrella misma, caminen de frente en el aprecio de su humanidad y en la transformación de su existencia en una acción de gracias por el regalo tan inmerecido.

Lo que sigue no es fácil; las condiciones biológicas de la mujer ofrecen la posibilidad mayúscula y cruel de regresar a la bóveda celeste a esa estrella que en las entrañas de

madre, palpita, ilumina y esparce su mensaje de inmensidad.

Asumiendo los avatares de tal circunstancia, enfrentando con valor la adversidad, dando sentido de victoria al sufrimiento y haciéndose oblación viviente, la madre y el padre apuestan la propia vida porque ese pequeño, su hijo, sea también peregrino en el viaje que nos lleva por la existencia con sabor de aventura y contenido de vida; cada uno de los protagonistas es donación en este esfuerzo común.

Por momentos, la tranquilidad los abandona, instalándose en su lugar la angustia, el miedo, el dolor, la desesperación porque su pequeña estrella parece que de manera inevitable parte a una tierra más promisoría, a pesar suyo; no quiere irse, no quieren que se vaya; suplican que permanezca la presencia amada, llorando de impotencia e impaciencia que de forma inexplicable, son suavizadas por un rocío de amor, de fe y esperanza.

Eso es lo afortunado y eso es lo doloroso; el mensaje es “hágase” y tal gratuidad y liberalidad no es nada fácil para un ser finito; es la noche del proceso de gestación, profundamente oscura, larga, larga... con un silencio que reina haciendo ruidos que alienan.

Dios calla, pero desde el vientre materno, se produce el milagro, la estrella es ahora un ser humano que disfruta el calor de esas entrañas.

¡Tan poco tiempo en ellas!, y ya ha aprendido a amarlas. Se mueve, retoza, hace travesuras y con todo ello manifiesta su presencia, expresa su lucha, escribe su entusiasmo y hace en extremo, sensible a la portadora de esta buena noticia, signos todos que constituyen un fabuloso grito silencioso que deja claro el deseo que tiene el hijo de permanecer, el anhelo de ver a sus padres cara a cara, su indeclinable decisión de conocer un mundo que parece valioso y de ofrecer a la humanidad el rostro humano de Dios.

Pende de un hilo muy delgado tal posibilidad; cada día que transcurre deja un

grato sabor de victoria, de logro, de triunfo compartido; al mismo tiempo, la realidad futura tiene un rostro desconocido; su nombre es incertidumbre, su exigencia es, seguir luchando por ser.

Resulta inevitable que en ese proceso, cada ser humano involucrado camine a ratos sigilosamente, como si quisiera evitar la pena de no dar un óbolo de seguridad y tranquilidad al otro menesteroso, a la otra “insuficiencia viviente” (Ortega y Gasset), pero más bien lo que consiguen es que la congoja crezca, la agonía se haga larga y la espera del encuentro que corona el proceso de gestación, se torne a ratos insoportable.

¡Si tan sólo se tendieran puentes para hacer común la espera!

No cabe duda, el problema de incomunicación está presente, nos recuerda que es una lamentable constante en el devenir histórico; grandes y tristes tragedias se han escrito por ello.

Comunicar es hacer común algo, es todo un proceso que se desarrolla en el tiempo y el espacio pero en forma circulante y en espiral, es decir, exige reciprocidad, intercambio; no se trata de mera información, de dar a conocer algo sin exigir respuesta; tampoco se trata de un simple exteriorizar lo que se guarda como sentimientos o ideas en solitario, esto es, como individuo aislado que en su soledad llora, grita, escribe, canta... sino de diálogo. La comunicación es una relación de apertura al diálogo, donde cada persona expone sus ideas y le son respetadas; no deben imponerse a la fuerza las ideas de uno, pero si se abre la posibilidad de ponerse de acuerdo, porque desde sus personales circunstancias, de su ser reflexivo, de su ser que “ama con el corazón”, el varón y la mujer que pusieron su grano de arena para que el hombre nuevo fuera concebido, se acercan incluso mudamente, desde su fragilidad, desde su sentirse vulnerables, desde su dolor y angustia, para decir sin hablar, con su cuerpo, con su mente, con su alma, con su “fluir



recursivo de coordinaciones conductuales consensuales” - como dice Maturana -, que participan en la trinchera común aguantando los embates de una lucha que aparentemente se va perdiendo poco a poco, pero que en esencia conserva como elemento más valioso que es preciso objetivar, la oportunidad que los protagonistas han tenido de amar y ser amados, de mirarse a los ojos caminando en la misma dirección y escucharse, de darse uno a otro, de dar al otro, en forma generosa, la mejor parte de cada uno, de llorar juntos cuando las circunstancias parecen más adversas; de alegrarse al descubrir los mensajes que el hijo envía diciendo: “sigo con ustedes”, “elijo quedarme aquí”, “los amo y lucho en nombre de ese amor”, “sigan luchando, no me abandonen”...

Tres almas que se relacionan, que interactúan, que interiorizan, que viven una sana interdependencia que los llena de energía para salir al encuentro de los otros en la vivencia de un servicio comprometido desde las personales

circunstancias con sus dificultades actuales en una dinámica de transversalidad, esto es, siendo una bendición para el hombre y la humanidad, mensajeros de esperanza que se humanizan para humanizar, heraldos del Señor del Misterio que se hace amigo que nunca falla y que de una u otra forma, no fácil de entender por el proceso cognitivo, transforma el acontecimiento en su conjunto en un bien que prodiga su sana influencia a los que de alguna manera son salpicados por esta bendición, que hace de la indigencia de cada uno, de su menesterosidad, de su constitutiva carencia, un constante sí, una constante apertura, un permanente agradecer...

Ocho meses ya; por los caprichos biológicos, ¡es el tiempo de nacer!; la madre lo intuye, el niño lo sufre, el padre lo goza y se inquieta; emociones, apresuramiento, ansiedad, solicitudes de calma, nerviosismo, alegría, incertidumbre... ¡es el tiempo de nacer!

¡Qué extraordinaria experiencia! ¡Qué prodigioso acontecimiento! ¡Cuánta delicadeza

del Supremo Hacedor que permite la llegada de este mensajero del Misterio! ¡La misericordia se ha derramado sin juzgar quien la merece! Cuando en ese cuarto frío, aséptico, la madre se abandona y deposita su confianza en unas manos amigas, el hijo asoma la cabeza en señal de despedida a ese mundo que lo albergó, lo protegió, lo nutrió y amó, al tiempo que se inaugura su peregrinar “por sus propios pies” en la tierra para vivir una misión: Ser Hombre.

El rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre convergen en esta hora histórica en que se disfruta con inexplicable gozo, el milagro de la vida. No hay palabras, sólo revelación; no hay justificación, sólo contemplación del amor.

Los dones de la maternidad y de la paternidad se han multiplicado en un nuevo ser; son el grano de trigo que ha muerto dando fruto y este bello fruto es al mismo tiempo, su oportunidad de renovación, de transformación, de humanización por la expansión concreta del verbo amar y por el sentido de vida y

trascendencia que posee el dolor y el sufrimiento que conlleva esta culminación del proceso de la gestación; es la llegada de la luz que ilumina y da calor... un nuevo calor a un hogar.

Es la hora en que la vida entera es un gracias por los obsequios de ser madre y padre; un gracias por el amor hecho niño pues los niños, ¿no son acaso la esperanza viva, la cara del amor divino en la tierra, la vitalidad de las generaciones humanas, la alegría que transforma la sobriedad de nuestras vidas, la generosidad y pureza que es capaz de dar de lo que posee y de darse aún con lo que no le pertenece?

Es la hora de ser agradecido por la solidaria disposición del universo en esta oportunidad de trascender; de agradecer por el banquete con este manjar exquisito de sabor a plenitud hasta donde humanamente es posible; gracias... si, ¡gracias!.

También es ocasión de suplicar perdón por la paciencia que faltó, por la intimidad no

disfrutada, no gozada, no aprovechada; por el descuido de un corazón que palpita, de un espíritu que ama y que quiere ser amado, esto es, por la caridad que no se vivió.

Es la hora de las sorpresas porque pareciendo segura la permanencia en la tierra de este pequeño hombre, de repente parece que el cielo lo quiere arrebatarse; nuevamente esta porción de humanidad hace su petición humilde para que se le permita quedarse, en este espacio y tiempo, como compañero de viaje; ponen otra vez todo su esfuerzo y reciben, expresada en favorables circunstancias, la respuesta anhelada: “he sido enviado para quedarme con ustedes”.

Es el hijo, que en la vivencia del desafío que le impone la existencia dijo: “Yo quiero correr mi riesgo”, lo ha hecho y ha salido victorioso; su actitud impresiona porque no es arrogante, no es soberbia, no es vanidosa; más bien es humilde, cordial, tierna y agradecida, siendo su presencia un ¡gracias por dejarme

ser! Sonríe, se mueve, balbucea, quiere comer, ¡quiere humanizarse!

Es extraordinario, las sorpresas no terminan para los padres; ahora, esta carne de su carne, sangre de su sangre, universo de microcosmos inagotables, no sólo ha sonreído, también les ha brindado su primera mirada, ha dejado que vean dos caniquitas que los embelesan y los transportan a un océano de bendiciones; él les regala, como bálsamo y don de misericordia ¡sus ojos de niño!

Esa primera mirada es transparente, limpia, inocente, de un brillo sin igual, de una dulzura exquisita, de un amor inmenso, de una curiosidad espontánea, de una capacidad de asombro infinita, de una sabiduría precoz; en esos ojos de niño que poseen un lenguaje universal, se puede leer el más sincero y espontáneo “te amo”; asimismo, se leen realidades increíbles como “tu eres mi madre”, “tu eres mi padre”, “me han dado a ti”, “sé que me proteges”, “sé que me cuidas”, “sé que harás lo que esté a tu alcance para respetar mi

identidad, mi ser, mi quehacer... porque soy la Chispa de Dios que ha sido depositada en tus manos” ...

Al mismo tiempo esa preciosa mirada que arrebató sin dolor lágrimas de alegría, de fe, de gratitud, de entusiasmo por la vida, es una mirada de sabiduría, es la mirada de las generaciones de hombres que se han ido y de las que están por llegar, que con profunda verdad dice: “yo soy tu maestro” en el arte de descubrir con asombro, con admiración, con curiosidad... que la vida es sencilla, es buena, es un himno de caridad con uno mismo y con el otro, es un poema de asombro por la armonía cósmica, es aquello a lo que vale la pena apostar lo que se es y lo que se tiene.

Mirar con ojos de niño es el sabio mensaje que porta este heraldo del Misterio.

Si, con ojos de niño,  
a ti que siendo niño has conocido ya la  
miseria humana,  
a ti que siendo adolescente, la maravilla  
de vivir no te impresiona,  
a ti que siendo joven estás viejo y  
estereotipado,  
a ti que siendo anciano, la sabiduría te  
ha abandonado,  
a ti que siendo hombre, varón o mujer, el  
asombro has olvidado  
porque has hecho de la monotonía tu  
compañera,  
cuando es tu enemiga más certera.  
El sabio mensaje ¡con ojos de niño!,  
es que  
la vida siempre será  
el contenido de fondo  
de la existencia humana,  
el suave aroma  
de la caminata mundana,  
una propuesta siempre original  
y renovadora,



una oportunidad de hacerse hombre,  
varón o mujer,  
un asombrarse y admirarse del proceso  
de ser,  
una búsqueda constante del hombre  
nuevo,  
un rítmico aprender con entusiasmo,  
un viaje con sorpresas en toda la  
travesía,  
una aventura divertida y de valía,  
un desafío que me pide correr el riesgo,  
un riesgo asumido solo y contigo,  
un espacio de posibilidad con criticidad  
y creatividad  
y un tiempo de realización con eticidad.  
Si, con ojos de niño...

**¡vale la pena vivir!**